

Índice

Mañana	7
Bus	13
Patio	17
TTR	21
Mates.....	25
Enfermería.....	29
Recreo	33
Lengua.....	37
WC	43
Inglés.....	47
Recreo	51
Plástica	55
Descanso.....	65
Plástica	67
Mediodía.....	73
Ética.....	79
Bus	83
Puré	87
Perro.....	89
Papá.....	93
Piscina.....	101
Puesto de helados	113
Mamá	117

Mañana

Duermes. Sueñas.

Con elefantes y con tu abuela. Has olvidado algo y tienes que ir a algún sitio. Y ahí está tu abuela, te dice algo sobre elefantes, y tú le preguntas: «¿A qué elefantes te refieres?», y ella dice: «No preguntes tonterías, ¡los elefantes de los que tenías que ocuparte!».

Primero estáis en su cocina, pero después aparece el autobús, y por fin te acuerdas de lo que has olvidado. La tarjeta. Pero hay mucha gente, igual puedes deslizarte con los demás, igual el conductor no te ve, e intentas entrar en el autobús y esconderte al mismo tiempo. Pero el bus está lleno de espejos, como espejos retrovisores, como esos espejos redondos del supermercado, y ves al conductor por todas partes, y él te ve. «¡EH! ¡TÚ!», grita.

Abres los ojos.

Abres los ojos y en algún momento te das cuenta de que estás conteniendo la respiración. Expulsas el aire.

Inhalar, exhalar (etcétera). Hay luz. Miras el reloj. Tu despertador sonará dentro de seis minutos.

Primer día de colegio.

Tu madre ya está despierta al otro lado de la puerta, ya está vestida, lista para saltar, solo te espera a ti, a que te levantes. Tu despertador sonará dentro de cinco minutos.

Te incorporas y te frotas los ojos. Legañas en el rabillo del ojo derecho.

Te miras las manos, la izquierda está bien, en la derecha ya se ha levantado el esmalte de una uña. Te observas atentamente los dedos. Marcas suaves, las huellas de la sábana.

Carraspeas, bostezas, te estiras y te rascas (como los bebés cuando están cansados).

Ya te has olvidado del sueño. Dentro de cuatro, no, tres minutos sonará el despertador, saltará la radio mientras dan las noticias, no es agradable. Preferirías despertarte con música. Podrías haber puesto la alarma del móvil, pero no lo has pensado.

Te encoges de hombros.

Te levantas. Te acercas a la ventana. Todavía hace sol.

Todavía es verano. Miras el termómetro. Buscas el móvil. Los dos dan quince grados a las seis y media. Mayormente soleado, dice el móvil. Probabilidad de chubascos por la tarde. Temperatura máxima veintiséis grados Celsius.

La radio despertador se enciende durante las noticias de y media. Te informan sobre debates en torno a la crisis, refugiados ahogados en el Mediterráneo y controles de tráfico, generalizados.

Estás ahí parada y entonces te das cuenta de que has estado mirando fijamente la calle que pasa por delante de vuestra casa. Tercer piso con jardín delantero. Con césped delantero. Un felpudo natural. De color verde.

Bostezas otra vez, te das la vuelta, la mochila está en la silla de tu escritorio, espera con las fauces abiertas. Está preparada.

Tu madre te llama, te pregunta si estás despierta. Oye desde fuera que las noticias se han acabado y que en la radio suena una canción que seguirá sonando una y otra vez en tu cabeza durante todo el día. Tu madre llama suavemente a la puerta, después abre una rendija.

—Buenos días. Estoy despierta.

—Tengo que irme —dice. Añade que tienes que desayunar, te pregunta qué plan tienes, pero todavía no lo sabes.

—Luego me escribes, ¿vale? Nos vemos para cenar.

Se queda en la puerta, con una mano en el pomo, la otra en el marco, la parte superior del cuerpo inclinada hacia tu cuarto, en dirección a su hija. Esa eres tú.

Ahora suelta la puerta, te agarra suavemente del brazo, hueles a sueño y a cama, y piensas un instante en los elefantes. Ella huele a colada limpia, a perfume, a laca y a pasta de dientes.

Te da un beso en la cabeza, incluidos tres milímetros de tu frente. Has crecido dos centímetros durante las últimas seis semanas. Todavía no lo sabes. Ella lo ha notado ahora.

Te mira a la cara, te rodea las mejillas con las manos, una caricia, un gesto con la cabeza.

—Que empieces bien —dice, y te suelta.

La puerta de la entrada se cierra tras ella con suavidad.

Los vecinos no se quejarán.

Estás en camisón, que en realidad es una camiseta vieja. Dentro de una hora tienes que irte.

Te duchas. Metes el cepillo de dientes en la ducha. Te preguntas si deberías lavarte el pelo, si quieres lavarte el pelo. Te lo hueles. No huele a nada. Te has olvidado la pasta de dientes. Ya estás medio mojada y dejas huellas de agua en línea recta hasta el lavabo. Y vuelta a la ducha. Se te moja el pelo. Pues te lo lavas. Solo se oye el agua. Te has olvidado de encender la radio del baño. En algún lugar de tu cabeza suena la canción de antes. En tu habitación ahora están celebrando un concurso, el primero que llame y diga un animal con pico gana algo. Entra la llamada de una persona que se pone como loca de contenta.

Ya has terminado, según el bote de gel tienes limpios todos los poros de la cara. Te afeitas las piernas sin mucho entusiasmo. Bajas la mirada y ves que te has hecho un corte en alguna parte. Todavía no te duele. Enfrías el agua porque sabes que es bueno para la piel, el pelo y la circulación. El agua está demasiado fría para ser sana.

Al fin y al cabo no tienes problemas de circulación.

Sales de la ducha y la sangre te resbala por la pierna, rápida, abundante, dejas una segunda huella, esta vez roja, esta vez en dirección al váter, al papel de váter, te secas la pierna, hacia arriba por la espinilla, aprietas el papel contra la herida hasta que se sujeta.

Te quedas delante del espejo, que no está empañado, te miras y piensas qué hacer.

Te tocas los labios. Anteayer te besaron. Piensas en alguien y sonrías.

Comes.

Te bebes los restos del té que tu madre ha preparado hace una hora, del que se ha tomado taza y media, te espera en el termo, caliente, pero no demasiado.

Así que comes, bebes, en ropa interior, el pelo te gotea sobre los hombros y te miras la espinilla.

Te bebes el último sorbo de leche con muesli del cuenco. Lo enjuagas un poco. Ves la taza medio llena de tu madre en el fregadero y la vacías por el desagüe.

Te has vestido.

Llevas una falda y una tirita en la espinilla. Así tendrá que ser.

La falda es azul oscura. La camiseta es blanca. Podrías ir a un colegio de chicas. Un instituto católico.

Te pones sandalias rosas.

Te miras el esmalte. Ya se ha levantado en dos sitios. Miras el reloj y ya no tienes tiempo. No para eso.

Repasas otra vez la mochila, también has metido una manzana, te olvidas de la botella de agua que sigue en la cocina. No te has preparado un bocadillo. Te preguntas si eso se sigue haciendo a tu edad. Prepararse un bocadillo para el recreo.

Te llevas la mano a la muñeca, que está desnuda, y buscas el reloj. Está ahí donde debía estar, donde lo has colocado para esta mañana.

Tienes el pelo seco.

La mochila preparada.

Coges el móvil y te pones los auriculares. Llave.

La puerta se cierra detrás de ti con ruido. Uno de los vecinos se estremece en su casa y más tarde tendrá unas serias palabras con tu madre sobre tanto golpe con la puerta.

Edición original en alemán:

Vierzehn

© 2016 by CARLSEN Verlag GmbH, Hamburg

Este libro ha sido contratado a través de Ute Körner Literary Agent - www.uklitag.com

© del texto: Tamara Bach, 2016

© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2019

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2019

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-9743-873-5

DL L 611-2019

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.